

Ortigosa, Andrés. *Filosofía del nosotros. Yo, el otro y la humanidad*. Sevilla: Thémata Editorial, 2024, 141 pp.

Alejandro Martín Navarro¹

Universidad de Sevilla, España

Filosofía del nosotros. Yo, el otro y la humanidad. Así se titula este libro que publicó en 2024 la editorial Thémata y que supone un hito más en la exitosa trayectoria del joven filósofo Andrés Ortigosa (Málaga, 1996), que entretanto ya ha publicado otros trabajos importantes, como *Hegel, el gnóstico* (Almuara, 2025) y *El aleteo de la lechuza de Minerva. La filosofía de la religión de Hegel en Tübingen y Berna* (UMA Editorial, 2025). El libro se presenta como un intento de “pensar al nosotros desde la cotidianidad” (p. 14), lo que nos llevará a “una filosofía del nosotros, una filosofía de la xenofilia, una filosofía en la que estar reunidos” (p. 35). Dos grandes partes estructuran toda la obra: 1. “Apertura trascendental del nosotros”, donde se exploran las condiciones de posibilidad del “nosotros”, y 2. “Apertura existencial del nosotros”, que detalla ciertas características del mismo: el nombre, la vivencia del tiempo, el narcisismo o el amor.

El autor nos sitúa, ya en las primeras páginas de la obra, en una tradición de Antropología Filosófica en la que aparecen nombres clásicos como Kant, Scheler, Cassirer o Tugendhat, pero también importantes autores del ámbito hispano, como Ortega, Zubiri, Bueno, Jacinto Choza, Josep María Esquirol, entre otros. Una huella que es reconocible en todo el texto y que

¹ amnavarro@us.es

lo enmarca en unas coordenadas intelectuales muy precisas, sin que ello le reste un ápice de singularidad.

En seguida, el libro se adentra en lo que su autor denomina “apertura metafísica al nosotros” (p. 27), donde nos propone reflexionar sobre ciertas singularidades de la identidad personal (el nombre propio, la promesa y la filosofía). En el capítulo II de la primera parte, el autor aborda la aparición, tras la II Guerra Mundial, de un pensamiento de raíces judías que pretende contestar, desde una filosofía del *tú*, la tradicional preeminencia del *yo* en la modernidad occidental. Para ilustrar esta contraposición, Ortigosa toma de Lévinas las imágenes de Abraham y Ulises, como representantes, uno, de la centralidad del sujeto autofundante *y*, otro, de la llamada de una alteridad indisponible. La vuelta al hogar conocido frente a la absoluta apertura a lo totalmente otro. El tránsito más allá de ambas figuras lo encuentra el autor en Rosenzweig, que nos conduce al “nosotros” como figura de la reconciliación.

En la segunda parte de la obra, como dijimos al principio, encontramos una reflexión que, por decirlo así, baja a la tierra de la realidad vivida del ser humano a través del lenguaje (el uso del nombre propio, el nombre como símbolo de que la identidad personal siempre es *recibida*, la posibilidad de perdida del nombre, etcétera). Podríamos añadir aquí, aunque el autor no lo hace, la posibilidad descentradora que supone la *metanomasia*, la sustitución del nombre propio como resultado de una nueva llamada, vocación o cambio de rumbo (*metanoia*), también de raíces judías. El ensayo de Ortigosa avanza en las últimas páginas a través de otras realidades vividas que constituyen la realidad del “nosotros” humano. Así, la posibilidad de hacer promesas, que Nietzsche considerara el objetivo de la formación del hombre, como capacidad para proyectarse a sí mismo en el futuro y comprometer la propia obra más allá del tiempo de la inmediatez. Finalmente, el autor reflexiona sobre algunos peligros de la Antropología Filosófica de nuestro tiempo, entre los que menciona el narcisismo, al que, por cierto, ya el célebre Alexander Lowen calificó de “negación del verdadero yo” (1985), y frente a lo que propone un “filosofarnos, como individuos que forman un todo superior integrados en la humanidad” (p. 122).

En definitiva, se trata de una reflexión interesante sobre las relaciones entre identidad y alteridad, además de una contribución al pensamiento antropológico, que arriesga una reflexión personalísima sin por ello prescindir

del necesario conocimiento de los autores con los que dialoga. El lector tal vez pueda echar en falta una lectura menos benévolas del nosotros: la que continuamente lo convierte en instrumento de la tribalización e impide que ese *nosotros* se constituya en una realidad efectiva universal. Aunque es cierto que el propio Ortigosa admite que es necesario el tránsito “del nosotros–vosotros a un *verdadero nosotros*” (p. 46), no llega a desarrollar la cuestión de cómo sea esto posible. Con todo, los posibles déficits de esta obra no son consecuencia de una carencia, sino más bien aquello que queda abierto a la reflexión del lector y que se convierte en ocasión de esa reflexión compartida que, en palabras del autor y en recuerdo de lo que los románticos llamaban *sympphilosophieren*, sigue siendo la tarea de nuestro tiempo.